

@Sexus

Sueños basados en hormon@s reales
POR ENRIQUE OLMOS DE IT@

BREVE ADVERTENCIA AL OSAD@

Dos adolescentes (pueden ser dos chicas o un chico y una chica, se permite el libre cambio de roles en el género) que podrían habitar en la periferia de cualquier ciudad latinoamericana viajan de sueño en sueño, como en una caja alucinante que las contiene, hasta alcanzar la peor de sus pesadillas.

A lo largo de una serie de fantasías que se suceden, como un loop del inconsciente, sobreviene una historia basada en hormonas reales, apta para mayores de 12 años y para todo aquello que alguna vez haya sentido una pulsión entre las piernas.

Se propone un juego de máscaras, tiempos y espacio.



I

Las intérperetes en actitud retadora. Como si estuvieran examinando a la audiencia.

¡Los elefantes gestan por 23 meses!; estamos frente al período de gestación más largo entre los animales terrestres. Además, los elefantes recién nacidos son los más grandes del reino animal, pesando cerca de 100 kilos.

Los embarazos de los delfines, por su parte, duran alrededor de un año. Hacia el final, la madre ha engordado tanto que carga con un 50% más de peso que el resto de los delfines. Así debe ser complicado nadar.

Aunque los pulpos técnicamente no dan a luz, su proceso de reproducción sigue siendo notable. Los machos suministran a las hembras paquetes de esperma, los cuales son aferrados por ella hasta que está lista para fertilizar los 200 mil huevos que produce. Luego de poner los huevos, la madre pulpo se mantiene cerca para protegerlos.

Los caballitos de mar son especiales, puesto que todo depende del padre. Las hembras entregan los huevos fertilizados a los machos (sí, a los machos), quienes los protegen durante varias semanas. Luego, dan a luz un promedio de 1.500 crías, de las cuales sobreviven solamente doscientos.

Los armadillos son capaces de poner su embarazo en espera mientras las condiciones son adecuadas. La gestación dura apenas 4 meses, pero las crías suelen nacer hasta 8 meses después de la concepción.

Se agudiza el análisis sobre los espectadores. Cierta insolencia.

- ¿Tú crees que esta gente sabe de lo que estamos hablando?
- Lo dudo, no se ven listos, ni atentos.
- Más bien parecen atemorizados.
- A ver... Un pequeño examen. ¿Qué cifra en promedio dan a luz los caballitos de mar?
- ...
- ...
- Te digo... No tienen ni idea.
- ¿Cuántos huevos puede fertilizar una pareja de pulpos? ¿Cuántos? Ya lo dijimos... ¿No están poniendo atención? ¿Entonces a qué vienen?
- No... No saben, no saben nada.
- ¿Y cuánto dura la gestación de los elefantes?
- ...
- ...
- No saben, no claro que no. No estaban poniendo atención... ¿Cierto?
- ¡23 meses!
- A ver... Podríamos hablar y hablar sobre la fertilización en el medio animal...
- Sobre gestación, parto, alimentación materna.
- Concepción, coito, apareamiento.
- Órganos genitales.
- Tipos de penes.
- Medidas. Viscosidades. Duración del orgasmo.
- ¿Qué?

- ¿Les hace gracia?
- ¿Es divertido? ¿O qué pasa?
- ¿Por qué siempre que hablamos de penes, vaginas, hormonas y placeres la gente o sonrío nerviosamente o parece que cruzan los brazos, incómodos?
- ¿Ustedes saben cómo llegaron hasta aquí, no?
- Es decir, que un alguien tuvo que penetrar a otro alguien y fecundar.
- A menos que hayan nacido por fertilización in vitro. ¿Es el caso?
- Aún así, el procedimiento es muy simple: Un cuerpo admite la simiente de otro.
- Pero no es exclusivo de los seres humanos. Todos, los animales también... No somos semillas que crecen en la tierra con un poco de agua y sol.
- No.
- Hay un algo. Un acto. Un suceso.
- Un hacerlo.
- Un “primera, segunda o tercera vez”.
- No tengan miedo...
- No pasa nada. En esta clase magistral vamos a hablar de sexo. Deseo, pulsiones lascivia, apetito sexual.
- ¿Por qué si todos provenimos de ese acto nos avergonzamos? ¿Por qué?
- En esta conferencia vamos a pensar juntos ese acto. El acto.
- ¿Qué acto?
- Pues el “acto” que nos hizo humanos, cómo llegamos a ser quienes somos.
- Quieres decir que vamos a imaginar a nuestros padres haciendo...
- Sí, de eso se trata esta conferencia.
- ¿Conferencia?
- Exacto.

- No... ¿No estamos en una obra de teatro?
- Nada que ver, esta es una conferencia magistral sobre el acto sexual de nuestros padres. Por ejemplo, dónde nos habrán fabricado... En un motel, en una casa, en el coche... Si nacimos en septiembre y agosto, por ejemplo, debieron hacerlo en navidades... ¿No?
- Yo nací en marzo.
- Pues en pleno verano te confeccionaron. Yo creo que hacía mucho calor y tus padres no soportaron más y...
- ¿Qué? ¿Por qué estamos hablando sobre esto? Me parece grotesco...
- Así como lo escuchas... Vamos a pensar en nuestros padres. Corría el año de...
- Buahhh. No quiero ni imaginarlo. A mí me dijeron que venía a una obra de teatro...
- Pues te informaron mal. ¡Esto es una conferencia! ¡Y yo soy la conferencista! ¿Eres tan amable de tomar asiento?
- Pero...
- Sin peros... ¡Por favor! ¡Silencio!

II

De a poco las chicas se van despojando del vestuario atávico. Se convierten en adolescentes.

- No... No tienes idea de lo que soñé hoy... Desperté sofocada.
- ¿Qué cosa?
- Era casi una pesadilla, o sin el casi.
- ¿Qué fue?
- Pues estábamos tú y yo, como a punto de dar una conferencia.
- ¿En serio? ¿Y eso te parece una pesadilla?
- No, no... Era muy raro porque íbamos a hablar del acto...
- ¿De qué acto?
- Ya sabes...
- ¿Qué sé? No sé nada... Explícate...
- Del acto... Hacerlo... De aquello.
- Ah... Ya...
- Ya me entiendes, ¿no?
- Más o menos... ¿Y eso por qué?
- No sé, era un sueño muy extraño, parecíamos como dos profesoras de biología... Pero lo peor, lo peor de todo era que teníamos que imaginar a nuestros padres haciendo eso.
- ¿Haciendo qué?
- El acto... Ya te lo dije.
- ¿Por qué?
- Te digo que fue una pesadilla. Si yo supiera por qué mi inconsciente manda ese tipo de señales... ¡No tengo la culpa de soñar lo que sueño!

- Qué asco. No quiero que vuele mi imaginación... No quiero que vuele...
- ¿Ya voló?
- Sí.
- La mía también.
- Es repugnante...
- Tienes unos sueños muy raros. ¿Te das cuenta?
- Ya lo sé...
- ¿Tú crees que nos hicieron con amor?
- ¿A qué te refieres?
- Sí, que realmente querían fabricarnos, que estábamos en sus planes...
- Que no fuimos un accidente.
- Se escucha feo eso del accidente.
- Mucho.
- Yo sé que fuimos una sorpresa para mamá... Ella no quería quedar embarazada.
- Tsss...
- Usaba el método anticonceptivo del ritmo.
- El peor de todos.
- Eran novios. Y se tuvieron que casar.
- ¿Cómo sabes todo eso?
- Ella me lo contó.
- Yo nunca le he preguntado a mamá...
- ¿Te imaginas cuando sólo éramos un esperma?
- No; no me quiero imaginar eso tampoco.
- ¿Ya estás lista?
- Sip... Vámonos ya... Es muy tarde.

- ¿Tarde para qué?
- Pues para lo que sigue... Venga, vamos...
- ¿Pero a dónde vamos?
- Pues al siguiente sueño... ¿No?
- Ah... De acuerdo. Lo que tú digas.
- ¿Lista?
- Ok.

III

Los sonidos típicos de un estadio, se asume que estamos en la parte más intensa de una competencia de vida o muerte. Dos espermas.

Voz de locutor:

¡Emocionante! ¡Alucinante! ¡Qué final! ¡Qué cierre!

Desde aquí vemos un pelotón se queda cada vez más lejos de los líderes. Se rezaga.

¿Qué le pasó al resto de los espermas?

No existen... Una cosa verdaderamente lamentable.

Sin embargo, las dos líderes pelean codo a codo para fecundar primero.

Ahí vemos, a la aspirante número 117 en un esfuerzo brutal por acercarse a la número 7879, que marcha ligeramente en la punta.

¡Impresionante!

¡Qué esfuerzo, qué dedicación y que destreza!

¡Las habilidades atléticas de las competidoras se ponen a prueba hoy más que nunca!

Qué día, qué momento, qué espectáculo.

Esto sólo puede suceder en la gran carrera por la fecundación...

— Ese óvulo es mío.

— Nunca. ¡Ese óvulo tiene mi nombre grabado en su ADN!

— No te hagas ilusiones, he estado esperando este momento durante tanto tiempo...

— Es mi oportunidad.

— Es mi momento.

— Tengo que formar un cigoto.

— Ni lo sueñes, eso me corresponde a mí.

— Estás alucinando...

Voz de locutor:

Estamos en la recta final, queda un tramo sumamente corto.

Y la carrera luce pareja. Qué digo pareja, parejísima...

¿Quién ganará?

117 intensifica sus movimientos y 7879 aprieta los dientes, clava la mirada en el óvulo...

Ah, no bueno... ¿Qué está pasando? Es un cierre cerrado como pocos se han visto.

La gran carrera de la fecundación nos vuelve a sorprender con estas dos competidoras que arriesgan, apuestan el todo por el todo.

— Voy a ganar, voy a ganar, es mi momento, soy yo.

— El triunfo es mío, soy la mejor... Óvulo ven a mí.

— Llevo toda mi vida soñando con este momento...

— La gloria será mía...

Voz de locutor.

117 estira el cuerpo, pero 7879 no quiere quedarse atrás y hace un esfuerzo sobre espermático.

¡Es un cierre espectacular, digno de una final!

Se acercan al óvulo.

¡Un momento!

¿De qué nos vamos a disfrazar?

Por increíble que parezca existe ovulación múltiple... No me lo puedo creer.

¡Ahí está, lo tienen!

Y esto es absolutamente notable, sobresaliente...

El resultado de esta dura competencia es:

Mellizas.

Qué competencia tan extraordinaria, francamente.

La gran carrera por la fecundación nunca nos decepciona. Es un evento de una calidad altísima.

Este desborde hormonal llegó hasta ustedes por cortesía de:

Heineken.

Y un desenfrenado viernes por la noche...

Patrocinadores oficiales de esta actividad sexual sin protección.

IV

Dos chicas en la sala de espera de un ginecólogo. Hojean revistas y quizá se ven o escuchan nerviosas.

— ¿Sabes qué soñé?

— No; ni idea.

— ¿Quieres que te cuente?

— No, ¿para qué? Siempre tienes sueños súper raros.

— Bueno... Tú te lo pierdes.

— Qué aburrido estar aquí, ¿verdad?

— Sí...

— ¿Qué estás leyendo?

— Una revista aburrida.

— Yo también... Revistas aburridas y viejas.

— Este consultorio debe mejorar el material de lectura... Lo voy a decir más fuerte a ver si me escucha el doctor: ¡Mejores revistas! ¡Y nuevas!

— O poner aquí una tele. ¡Una tele! Así sería menos aburrido venir.

— ...

— ...

— ¿Ya te cuento mi sueño?

— ¿Qué tan raro es?

— Mucho.

— ¿Quieres saber sí o no?

— Venga... Dale... Eres in-so-por-ta-ble.

— Dos espermas. Imagínatelas.

— ¿A qué te refieres?

— Así... Éramos dos espermas. Y estábamos en una competencia durísima. Imagínatelo.

— ¿Quiénes estaban en competencia?

— Tú contra mí. Yo contra ti.

— Estás muy enferma...

— Era una pelea súper ruda. Teníamos que llegar al óvulo, la primera ganaba. ¡La gran carrera por la fecundación! Competimos, nos veíamos de reojo, sabedoras de ir por delante del resto... Y tú me retabas.

— ¿Yo?

— Sí, tú. ¿Quién más? Querías llegar primero...

— ¿Y quién ganaba?

— Eso es lo mejor... Había un locutor enloquecido. Exaltado. ¿Quién ganará? ¿Quién ganará? Absolutamente notable y sobresaliente... Un desborde hormonal... La carrera por la fecundación nunca decepciona.

— ¿Y qué pasó? Eres pésima para contar...

— Mellizas.

— ¿Cómo?

— Las dos. Las dos ganamos. Las dos fecundamos. Había dos óvulos, curiosamente.

— ¿Y?

— Y nos formábamos mellizas.

— Sí que estás muy loca...

— Ese fue mi sueño. No me juzgues.

— Horrible, como todos tus sueños.

— ¿Estás nerviosa?

— Pues claro... Y más con tus sueños estúpidos. ¿Qué tal que soy yo quien va a tener mellizas?

— No debí contar este sueño hoy, ¿verdad?

— Pues no...

— Yo creo que es una falsa alarma.

— ¿Y si estoy embarazada?

— No creo... Es improbable. Sólo fue una vez. A menos que tu novio sea muy preciso... Lo dudo.

— ¿Y si estoy embarazada?

— Estás nerviosa, por eso no te ha bajado. Lo dudo mucho... Tranquila.

— ¿Y si estoy embarazada?

— Bueno, no pasa nada, miles de mujeres se embarazan cada minuto en el mundo. No es nada extraordinario. Serás una madre más en el mundo.

— ¿Y si estoy em-ba-ra-za-da?

— No te preocupes; ahora te lo dice el doctor. Pero tranquila. Siempre hay alternativas. Se puede interrumpir. Estamos a tiempo... No serás la primera, ni la única. Calma.

— ¡Y si estoy embarazada!

— Si estás embarazada, te jodes. Tu vida se va a la ruina. Tienes que dejar la escuela, dedicarte a tu hijo, trabajar... Acabo de leer en Facebook que ser mamá es el mayor estrés del mundo y que no se compara con nada, es lo peor que puede sufrir un cerebro humano. Un cambio total.

— ¿Y si estoy completa y absolutamente embarazada?

— Entonces serás una mamá hermosa y feliz; todos vamos a querer a tu hijo o hija. Lo vas cuidar y nosotras, tus hermanas y amigas te vamos a ayudar muchísimo. Los papás primero se van a sorprender y quizá se enojen, pero después se van a poner felices. Y serán grandes abuelos.

— ¿Y si tengo adentro a un bebé?

— Bebé no será aún. Acaso un torrente de células agitándose adentro de ti, pero no hay un bebé aún.
No. Por lo menos hasta dentro de unas semanas.

— ¿Y si estoy embarazadísima?

— Entonces tu novio va a salir corriendo... Tendrá miedo, es natural. Y te culpará por arruinar su vida.
Por arruinar sus vidas. Aunque él también tuvo algo que ver, ¿no?

— ¿Estaré embarazada?

— Entonces formarás una hermosa familia. Y tu novio adolescente será un gran padre. Un padre protector, cariñoso, dedicado. Trabajará mucho para ustedes. Dejará de beber y de mirar a otras chicas.

— ¿Y si estoy embarazada?

— ¡Claro que estás embarazada! Hace una semana te debió bajar la regla. Y llevas semanas teniendo relaciones con tu novio sin protección. Desde luego que estás embarazada. ¿Eso es lo que querías, no? ¿Acaso lo dudas? No hace falta que entres a consulta con el ginecólogo... ¡Ya te lo digo yo! Estás emba-ra-za-da...

— ¿Y si tú también estás embarazada, perra?

— Desde luego que no. Yo no soy estúpida. Yo lo hago con protección. O practico sexo oral. O anal. O masturbación. Pero ni borracha me pongo en peligro. Nunca.

— ¿Y si tú eres quién realmente está embarazada?

— ¿O tú?

— ¡Tú!

— Tú...

V

*Después de un episodio coreográfico, una de las chicas regresa a su actitud adolescente,
la otra será un hombre travestido.*

— ¿Sabías que las mujeres bailamos mejor mientras ovulamos? Tal vez por eso no puedes dejar de mirarme...

— No tenía idea; no importa, a mí me gustas siempre, aunque no bailes. Ven, dame un beso, un besito... ¿Quieres bailar? ¿Es eso, no? A ver, báilame... ¿Cómo te llamas?

— Un grupo de investigadores de la Universidad de Göttingen se ha dedicado a investigar la forma de bailar que tenemos las mujeres...

— Tonterías. A mí no me importa cómo bailan, sólo que estén bien buenas. Así como tú.

— El experimento fue el siguiente: El grupo de investigadores reunió a 48 mujeres, todas ellas heterosexuales, de entre los 19 y los 33 años; primero se grabaron en video los bailes y movimientos que estas mujeres hacían durante su ciclo menstrual...

— Bailaaaa... A ver nena, meneaa, meneaa, meneaa... Sí, sí, sí...

— Después, tras editar el video y dejar visible únicamente la silueta de las mujeres, 200 hombres heterosexuales y en edad reproductiva, más o menos como tú, debían determinar quiénes hacían los movimientos más sexys.

— ¿Tú estabas dentro del experimento, verdad? Por eso me lo cuentas, para calentarme... Ven, dame un besito...

— Los investigadores determinaron que de un modo inconsciente las mujeres cambiamos nuestra forma de mover el cuerpo y además los hombres, también de un modo inconsciente, podrían llegar a detectarlo. Nos hacemos más atractivas.

— Yo estoy detectando todo de ti, mami... A ver, dame un besito... O mejor dos...

- Ni siquiera estás escuchando lo que leí en una revista científica.
- No es momento de hablar, es momento de besar, de sentir.
- Qué fácil se ponen calientes los hombres...
- ¿Sabes qué me excita?
- ¿Qué?
- Qué me rehúyas, que te hagas la esquivada... Eso me pone mucho.
- Te comportas como un simio en celo.
- ¿Y qué quieres, que sea un mariquita?
- Me pregunto si nuestros parientes homínidos también tienen relaciones sólo por placer.
- Me gusta cómo dices la palabra “placer”. Me pone caliente. Dilo más veces... Anda, anda, anda...
- Las hembras en el reino animal suelen tener relaciones sólo para procrear. Es el único fin de su actividad sexual.
- Me encanta cómo dices “sexual”. Más, más, más... ¡Quiero más!
- Y nosotras no. Somos una especie curiosa, porque podemos tener coito sólo por placer y sin estar obligadas a periodos de fecundación. ¿Eso está increíble, no? Además tenemos clítoris, cuya única función es disfrutar el placer... ¡Qué gran ventaja! Algo que ningún macho podrá entender nunca.
- Por fin nos estamos entendiendo. ¿Quieres que interactúe con tu clítoris?
- Lo siento, a mí no me gustan los “hombres”.
- Pero yo no soy un hombre... Soy un simio. ¿Eso prefieres, verdad? Los simios, los orangutanes, los monos... Yo soy lo que buscas.
- Sí, lo pareces. Un mono. Prefiero relacionarme con los mejores de mi especie.
- ¡Eres una estrecha!
- No; sólo tengo buen gusto...

VI

Un maniquí o una figura masculina. Veremos a Carlos, el novio de una de ellas, tratado como un objeto que pasa de mano en mano; lo peinan, afeitan y acarician.

Es probable que tenga una cadena atada a su cuello.

— No; ya en serio... ¿Qué es lo que tanto te gusta de Carlos? Mira, esta feo...

— Todo, bueno su pelo. Y creo que sobre todo la lengua...

— ¿Cómo que la lengua?

— Sí, su lengua tiene un no sé qué... Un algo que me hace querer más y más besos, sentirlo y sentir cómo está jugando conmigo.

— Qué asco que te excite una lengua...

— Y también cuando habla. Me encanta su voz y las cosas que me dice. Todo lo que tiene que ver con su lengua me fascina.

— Pero si es súper tonto, no dice nada, se queda callado siempre, es tímido y además no tiene sentido del humor...

— Ay, pues a mí me encanta. Y cuando está conmigo de tímido no tiene nada.

— Cuando yo lo veo hasta esconde la mirada... Es como estar frente a un mueble. No habla, no tiene ninguna gracia, no es guapo, no viste a la moda, está muy tonto para ti...

— Tienes envidia. En el fondo eres una envidiosa, te gustaría tener una historia de amor como la mía. Por eso estás tan alterada, siempre. Te hace falta un amor, uno verdadero. Uno increíble. Y sexo.

— ¿Historia de amor? Ustedes lo único que hacen es pasarse fluidos...

— Si lo que Carlos y yo tenemos no es amor, entonces qué es...

— ¿Sexo? ¿Deseo? ¿Ganas?

— ¿Y eso no es el amor? ¿Nunca has escuchado la frase “hacer el amor”? Nosotros eso hacemos, no es simplemente un suceso imbécil y hormonal.

— Asco.

— ¿Por qué todo lo que tiene que ver con el sexo te da asco? Yo creo que quién da asco eres tú. No disfrutas tu cuerpo, tu edad, las emociones y las sensaciones. Ay, qué rico...

— Estoy esperando al macho correcto.

— No hay ningún hombre correcto. Ninguno. En ninguna especie, tal vez sólo los caballitos de mar, porque a ellos les toca parir, de ahí en fuera nada vale la pena. Nada. Nadie.

— Claro que sí.

— “Sólo trata de elegir al menos malo”; es un consejo que me dio la abuela antes de morir.

— ¿De verdad?

— Sí, estaba ya enferma y me dijo, a ver, hija mía, la más pequeña de mis nietas... Necesito darte un consejo. ¿Qué cosa abuela?, le pregunté. A ver niña, ven acércate... No tengas miedo.

Y entonces me tomó de la cara y me dijo: Escucha con atención y no me desobedezcas o bajaré a darte tu merecido en unos años... ¿Qué cosa, abuela? No tengas hijos joven, escoge al menos malo de los hombres que conozcas, prueba con varios y trata de ser feliz, aunque sea un poquito.

— Wow... Es una buena historia.

— ¿Sí, verdad?

— Sí, aunque es raro porque las dos abuelas aún viven.

— Es cierto. ¿No me digas que fue parte de un sueño? ¿O tal vez viajé al futuro?

— Tal vez. Pero es muy probable que sigamos encerradas en sueños absurdos.

— Otro sueño.

— Sí, otro sueño.

— ¿No estás harta de ir saltando de sueño en sueño?

— ¡Ya quiero despertar!

— Yo también... Tuve un sueño súper raro en el cual un tipo que terminaba haciendo sonidos como de chimpancé me acosaba, era absurdo, porque el tipo era muy parecido a ti. Como tú en hombre.

— Tienes unos sueños muy locos.

— Por lo menos en este sueño no ocurrió nada raro, ¿verdad?

— Pues no... Tal vez sea una señal de que ya casi vamos a despertar.

— Espero que sí.

— Oye, ¿vamos a pasear a Carlos?

— De acuerdo, creo que tiene ganas de hacer pipí...

— Sí, ahora en el parque se desfoga.

— Con el alimento que le estás dando, se le está poniendo un cabello súper sedoso.

— ¿Sí, verdad?

— A ver Carlitos, perro bueno, vamos a llevarte al parque. ¿Viste cómo se esconde? No le gusto.

Además es feo, y no sé qué le ves, pero debo reconocer que me provoca un poquito de ternura...

— Te digo que es un amor, si lo conocieras a fondo... Y eso que no has visto su lengua.

— Mejor que no.

— Vamos hermoso, vamos mi amor. Vamos al parque.

— Sí Carlos, vamos al parque.

Salen con el hombre-perro a rastras.

VII

Frente al televisor, en una alcoba adolescente.

— ¡No! No me gusta...

— ¿Por qué?

— Porque no... ¿Le puedes cambiar?

— No, no puedo. Quiero terminar de ver la serie. Ya es el final del capítulo.

— Pero yo no quiero verlo... Es mi habitación.

— Es de las dos.

— Pero yo soy mayor.

— Ajá.

— ¡Mira! Eso me perturba...

— ¿Por qué?

— No quiero ver nada sangriento, ni violento... Busca una serie cómica. Anda...

— Calla. Déjame escuchar...

— Es tu última oportunidad; te lo advierto.

— Ajá...

— 1, 2 y 3...

— ¿Qué te pasa estúpida? ¿Por qué haces eso?

— Te dije que no quería ver nada sangriento ni violento. ¿No entiendes o qué?

— Maldita histérica... ¡Conecta!

— No. Histérica tu puta madre.

— Somos hermanas, idiota.

— ¡Cállate!

— Neurótica... Aprende a controlar tu carácter.

— Aprende tú a cambiar la maldita serie violenta cuando te lo pido, por favor. Te lo pedí en buena onda, imbécil, no tienes pretexto.

— ¡Eres una miedosa! ¡Una ñoña!

— Y tú una tonta.

— Mie-do-sa. ¡Miedosa y neurótica! ¡Histérica! ¡Subnormal! Ay, qué miedo me da la tele.

— ¡Me violaron!

— ¿Qué?

— Me violaron, ¿estás sorda o qué?

— ¿Qué dices? Claro que no...

— Claro que sí.

— Desde luego que no... ¿Por qué inventas eso?

— Bueno, lo soñé. Soñé que me violaban. Y la cara del tipo que me tocaba y me obligaba a abrir las piernas era parecido al tipo de la serie. De hecho creo que soñé que estaba dentro de la serie...

— Tú y tus malditos sueños. Estoy harta.

— Era muy real, absolutamente real. Desperté llorando.

— ¿Cuándo?

— Ayer y antier... En realidad han sido varios capítulos, es como una serie, pero en sueños. Y yo soy la protagonista, pro es una serie triste. La culpa la tienes tú.

— La culpa la tiene tu cerebro que no sabe distinguir entre realidad y ficción.

— ¿Y si me violan de verdad? ¿Qué harías?

— Que no te van a violar...

— ¿Y si te violan a tí? ¿Te imaginas? Así como el hombre de la serie, con mucha fuerza y gritando groserías y nadie te escucha y te pega un puñetazo para que dejes de gritar. ¿Te imaginas?

— No, no me lo imagino, lo acabo de ver en la tele.

— Así era mi sueño.

— Qué coincidencia...

— Pero ahí no terminaba, es una historia más larga. ¿Te cuento?

— No, gracias.

— De nada, sí te cuento. Mira, el tipo este me violaba cuando yo salía del baño. Era de noche y me había metido a la ducha. No había nadie en casa, no estabas tú ni mis papás. Sólo yo...

— ¿El perro?

— ¿Carlitos? No, tampoco estaba. Sólo yo. Cuando salía de la ducha con la toalla enredada en el cuerpo, así toda feliz cantando... ¿Sabes quién estaba en la casa?

— Ni idea.

— El hijo del vecino, el amigo de mi papá. El de aquí al lado, que viene siempre a saludar. Él estaba aquí.

— ¿Por qué?

— Mi papá le había encargado que revisara no sé qué cosa de la conexión de agua o de luz. No me acuerdo. Era un sueño. No me pidas detalles.

— Yo no te pido nada.

— ¿Y sabes qué hacía?

— No tengo ni idea...

— Pero si te estoy contando. ¿Me estás poniendo atención?... ¡Me atacaba! Me perseguía... Me gritaba que me quitara la toalla o él me la iba a arrancar. Yo estaba asustada, no sabía ni qué decir. Respiraba muy hondo, apenas podía hablar, decía que no, que me dejara en paz. El tipo se iba acercando y yo corría. Él pensaba que era un juego. Me decía, ¿quieres jugar? ¿Eso quieres, verdad? Me llamaba puta, me decía que lo había puesto caliente desde hace años y me empujaba. Una, dos, tres veces, contra la

pared. Me apretaba muy fuerte el cuello y sus manos eran como unas pinzas, como unas tenazas de las cuales no te puedes liberar. Yo ya estaba desnuda en el piso. Él trataba de llevarme a la cama, justamente a esta cama, donde estamos.

— ¿Y por qué no gritabas?

— Claro que lo hacía, pero no pasaba nada. A cada grito un golpe. Un puñetazo en la boca, entre la nariz y los ojos, en la frente. No sé. En toda la cara. Él seguía muy fuerte y se excitaba mucho, bramaba, me empujaba mientras se quitaba los pantalones. Me seguía insultando, me tocaba toda la piel y yo estaba inmóvil. Cuando menos lo pensaba ya lo tenía adentro. Un golpe, miedo, una sensación de algo extraño. Yo sólo apretaba los dientes y pensaba: Que sea un sueño, que sea uno de los sueños raros, que sea un sueño, por favor.

— Por suerte sí era, ¿verdad?

— Un maldito sueño culpa de tu serie cruenta.

— Ni yo ni la serie tenemos culpa si te gusta el hijo del vecino.

— No me gusta... No seas tonta. ¡Todo lo contrario! ¿No escuchaste lo que te acabo de contar? Él siempre se me insinúa y me mira fijamente, me desnuda con la mirada, pero no, para nada me gusta, ni un poco.

— Bueno, fue sólo un sueño... Ya, cálmate.

— Una pesadilla querrás decir... Pero no terminaba ahí.

— ¿No?

— No, había algo peor. Había como un corte y se cambiaba el escenario.

— Como en una serie de tele...

— Más o menos. ¿Y sabes qué pasaba?...

— No.

— Estaba embarazada. ¿Qué te parece?

— ¿En serio?

— Sí; me ponía muy triste y te decía, mira, es positivo, hermana. Y me ponía llorar y gritar.

— ¿Yo salía en el sueño?

— Sí, al final. Pero no me decías mucho, casi nada. Ni siquiera me abrazabas.

— ¿Qué te decía exactamente?

— Mala hermana, hasta en los sueños eres maligna... Me decías que teníamos que ir a denunciar al imbécil. Que no podía ser mamá de un tipo como él.

— Pues eso te diría en la vida real. Tú inconsciente me conoce muy bien.

— Pero yo te respondía que no se podía, que no había manera de interrumpir...

— ¿Y qué decía yo?

— No sé... Me desperté llorando porque iba a tener un bebé...

— Producto de una violación.

— Exacto. Qué triste.

— En ese caso sí se puede interrumpir el embarazo... ¿Lo sabes, no?

— No... ¿Se puede?

— Claro que se puede. En otros lugares hay más leyes y protección, pero aquí tendríamos que ir a demandar al hijo del vecino y hacer todos los trámites y eso.

— ¿Y si lo hacemos?

— ¿Hacer qué?

— Lo denunciarnos. Vamos a la policía y decimos que me violó en un sueño...

— ¿Por qué? Estás loca.

— Pues porque fue un sueño muy real. Y el tipo me cae muy mal. Tal vez mi cerebro hizo una predicción.

— Ay, no... Estoy harta ya de tus sueños estúpidos.

— No son estúpidos, tú eres una amargada. ¿Quieres ir a otro?

— ¿Todavía no despertamos?

— No, creo que no.

— Pues vamos, qué remedio...

— 1, 2, 3...

— Venga.

VIII

Lentamente vemos cómo las adolescentes se van transformando en sus propias abuelas.

Música nostálgica e imágenes de época.

— ¿Te acuerdas cuándo teníamos 17 años?

— Qué época tan feliz... ¿Verdad?

— Y tanto... Lo recuerdo como si hubiera sido hace 57 años.

— Yo también.

— Fue mi último año de soltera, los diecisiete.

— Te casaste muy rápido.

— Era el estilo en la época.

— Ah, no. Yo me casé más tarde.

— Ah, sí. ¿A qué edad?

— Estaba a punto de cumplir los veinte.

— Ay, son sólo tres años de diferencia, no seas bruta.

— ¿Tres años te parece poco? Uy, lo que se puede hacer en tres años. Ni te imaginas, ni te imaginas.

— Bueno, en eso sí tienes razón, lo que yo habría hecho con tres años de soltería... Ay...

— ¿Qué habrías hecho?

— Divertirme. O quién sabe qué habría hecho, pero no lo que hice. En cambio me casé y casi de golpe estaba embarazada y venga a tener hijos, cuidarlos, amamantarlos, limpiarlos, cambiar pañales, limpiar los pañales de tela, que la ropa debe estar limpia, la comida hecha y después llevar a los enanos a la escuela, estar al pendiente de ellos y del papá, apenas tener tenía tiempo para hacer mis cosas...

— ¿Qué cosas?

— Qué se yo... Tejer por gusto, poner un negocio, ir al cine, leer mis libros de aventuras... No sé. Cosas mías que nunca hice.

— ¿Estudiar?

— Exacto. Estudiar más. Viajar. Conocer personas...

— Yo dejé la escuela nada más aprender a leer, escribir y hacer cuentas.

— Lo mismo que yo. A mis papás ya les urgía que me pusiera a trabajar. Como era la mayor... Ya te imaginarás. Y después casarme y después hijos y un día, no sé cómo me doy cuenta que habían pasado diez años desde mi boda y yo parecía una señora del doble de mi edad. No sabía ni cómo se me habían ido de las manos tantos años...

— En cuidar hijos... En eso se nos fueron los años. Para que ahora sean tan desagradecidos.

— En cambio ahora... con todos esos métodos anticonceptivos, nos habríamos librado de tantos hijos.

Qué envidia me dan las niñas de esta época.

— Mucha. Mis nietas, por ejemplo, no me lo cuentan, pero yo sé que ya lo están haciendo. Lo veo en sus caras.

— ¿Hacerlo hacerlo? ¿No son muy jóvenes?

— No, para nada. Si ahora empiezan bien rápido...

— Ay, no, las mías seguro que no lo hacen todavía.

— Pero si son mayores que las mías. Claro que lo hacen, pero tú no sabes darte cuenta.

— Van a llegar vírgenes al matrimonio...

Carcajadas.

— Ya les dije que no se casen. ¿Para qué? Nada más es pura perdedera de tiempo y dinero.

— Las dichosas bodas. Yo nada más voy al banquete.

— ¿Sabes qué era lo que más odiaba de estar casada?

— ¿Qué?

— Los ronquidos.

— Ay, yo también... No poder dormir porque tienes a un fulano al lado de ti que está haciendo un ruiderazo.

— Estoy de acuerdo. Cuando mi esposo se iba de viaje, yo era la más feliz. Podía dormir en toda la cama y sin escuchar su sinfonía.

— Sí, ya les conté a mis nietas que su abuelo roncaba como si adentro de él hubiera un señor gritando y aullando. Y que me tardé treinta años en poder dormir una semana entera como se debe.

— Yo a mis nietas ya les dije que lo mejor que pueden hacer es: No tener hijos jóvenes, no casarse nada más porque se enamoraron de un infeliz y mucho menos que dejen de ser felices porque alguien se los impide... Si no les gusta un fulano, que lo cambien.

— ¿Y qué te dijeron?

— Que sí, que ya sabían. Que ni locas se iban a dejar embarazar. Que ahora hay miles de métodos para que no suceda...

— Creo que hasta en las escuelas les enseñan, ¿no? Qué bueno, la verdad...

— Sí, que si los condones, el no sé qué subdérmico, el anillo, las famosas pastillas, el diu, la píldora de emergencia.

— Esa es peligrosa, ya me contaron. Solamente cuando es de absoluta emergencia.

— Exacto. El nombre bien lo dice.

— ¿Y tus nietas tienen novio?

— No; se los tengo prohibido...

— ¿Y eso por qué?

— No te creas... Creo que eso de los novios ya pasó de moda. Mis nietas sólo tienen amigos y amigas.

— Y con razón, después de tantos jóvenes que en cuanto la novia estaba embarazada se huyen. Antes los hombres eran hombres de verdad y respondían. Se hacían cargo de tus cinco minutos de calentura.

— Ni que lo digas. Eso le pasó a mi sobrina. Le dijo a su novio que estaba embarazada y no volvimos a saber del muchacho. Parecía buena persona, pero desapareció, ni una carta le dejó.

— Ay, eso sí que era mejor en nuestra época. Las cartas de amor.

— Yo todavía tengo varias. Las guardo en un cajón, están clasificadas por año.

— ¿Tú? ¿Cartas de tu esposo? Pero se casaron enseguida, fue un noviazgo tan breve...

— Nos casamos porque yo estaba embarazada, de otra manera ni de loca termino en el altar.

— ¿Y las cartas?

— Una que otra sí es suya, pero la mayoría no.

— ¿Qué quieres decir?

— Es un secreto que me llevaré a la tumba. Ya cuando me muera que lean mis cartas y entonces verán quiénes eran mis admiradores.

— ¿Si tú te mueres primero me dejas leer tus cartas de amor?

— Claro, pero no te vayas a sorprender eh... O mejor no, porque no quiero ser tu asesina, te daría un infarto.

— ¿Un infarto? Ah caray, ya me estás preocupando. ¿Y eso por qué?

— Por nada amiga, por nada. Solamente te estoy molestando.

— Como desde hace sesenta años... No sé ni cómo te he soportado tanto tiempo.

— Bueno, ¿quieres ir a otro sueño o no?

— Sí, a uno en el que estamos solteras y somos jóvenes y no tenemos hijos ni compromisos.

— A ver si podemos soñar que vamos a una discoteca.

— Eso me gusta. Y que estamos bien guapas.

— Hermosas. Jóvenes. Buen cuerpo. Mucha energía. Y sobre todo ganas de fiesta.

— Yo quiero ropa moderna, como las que usan mis nietas, pero los zapatos no, esos son incómodos.

— Yo también; bueno, pero más discreta.

— Vamos...

Pausa. Probable cambio de vestuario y despersonalización.

— Nuestra abuela se casó porque no tuvo otra opción. Un día se dio cuenta que estaba embarazada. Había tenido relaciones por primera vez y sin saber muy bien cómo su vida cambió por completo, sólo tenía 17 años. Y su novio, nuestro querido abuelo, que estaba estudiando medicina y se veían una vez a la semana en el pueblo, tuvo que dejar la escuela y dedicarse a trabajar para mantener a la naciente familia, trabajó en el campo, en la construcción, fue zapatero y después manejó un taxi. Dedicó su vida al trabajo.

Y en realidad, ninguno de los dos quería tanto al otro, sólo se gustaban y les ganó el deseo una noche, pero a lo hecho pecho ¿No? Mi abuela tuvo después un gran total de siete hijos y un matrimonio para toda la vida, con alguien que si bien quería, no era el amor que soñaba. Quizá ni siquiera estaba enamorada, solamente que las circunstancias los hicieron vivir el uno con el otro, como si hubiera sido algo del destino o yo qué sé...

Gracias a esa noche de desenfreno en el pueblo, nosotras, sus nietas estamos aquí y seguramente muchos más de nosotros. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en mi abuela y en sus cartas, escondidas en un cajón muy cerca de su cama. Cuando ella murió, encontramos un manojito de mensajes escondidos entre ropa y yo simplemente no lo podía creer.

Nuestra querida abuela había tenido un amor oculto, dos o tres amantes ocasionales y confidencias con señores que nunca sabremos quiénes eran ni dónde se conocieron. La única manera de vivir a plenitud, la vida y su sexualidad era a través de cartas camufladas de pagos, notificaciones de telegramas, de

tarjetas postales de falsos parientes lejanos. Las escondía en libros y así las leía y las releía, según ella misma contaba en una de sus cartas a un misterioso señor.

Bueno, ni tan misterioso, lo más atractivo de la historia, es que mi abuela tenía una mejor amiga, que desde niñas jugaban y se divertían juntas, después, ya casadas, siguieron siendo amigas y una cuidaba a los hijos de la otra cuando hacía falta. Estuvieron juntas hasta el final. Eran muy unidas.

Esa señora tenía un hermano, a quien apenas vi un par de veces. Ese señor, que al parecer era muy guapo, era el verdadero gran amor de mi abuela, o eso dicen sus cartas. Ambos se casaron jóvenes y mantuvieron su relación en secreto, lejos, a través de cartas, con poemas eróticos, mensajes cifrados y guiños a lo que pudo ser y no fue. De golpe la correspondencia se interrumpe un año y ya no está mi abuela con nosotros para preguntarle qué fue lo que pasó y por qué dejaron de escribirse, si se volvieron a ver o se frecuentaban, por qué no se divorciaron de sus respectivos esposos... En fin, hay una nube de miles de preguntas para las cuales no hay respuesta, solamente nos queda saber quién fue realmente nuestra abuela.

Que esta obra de teatro, si cabe, sea un homenaje para todas esas bisabuelas, abuelas y madres que no pudieron vivir la vida que querían, que dejaron los estudios, se casaron porque no había otra opción, se dedicaron a tener hijos, a trabajar en cualquier cosa. Gracias a ellas estamos aquí, pero ¿Qué habría pasado si hubieran tenido algún método anticonceptivo al alcance? Quizá habrían sido más felices y nosotros no habríamos nacido...

Quizá. Eso nunca lo sabremos, tal vez sólo en sueños.

Tal vez.

Epílogo

Totalmente distorsionadas las actrices ofrecerán en el formato predilecto datos actualizados sobre el embarazo adolescente y la sexualidad según el contexto.

Se ve y suena copiosamente un despertador.

— ¡Apaga el despertador!

— Quiero cinco minutos más... Por fi...

— No; ya hay que despertar... Se nos va hacer tarde otra vez.

— Ay, eres una ñoña. Estaba soñando con la abuela.

— Qué raro, yo también.

— ¿Entonces 5 minutos más?

— Va...

Más de 50% de embarazos en México no son planeados

El aborto por violación está despenalizado desde hace 80 años y se ha negado el sector educativo a poner en los libros de texto esa información.

México encabeza la lista de la OCDE con la tasa más alta de embarazos en adolescentes. A diario se atienden, en promedio, mil 252 partos de mujeres de este grupo de población.

80% tienen que abandonar sus estudios por esta causa.

Sólo 7% de los adolescentes que se convierten en madres o padres cuentan con una fuente de ingreso económica.

16 millones de jóvenes anualmente cursan con un embarazo a temprana edad, y en México 23 de cada 100 adolescentes ya iniciaron su vida sexual activa.